

FATIMA – MONTICHIARI

Puntos de contacto y elementos comunes

Las similitudes entre Fátima y Montichiari las señala la Virgen misma. Podemos resumirlas en tres elementos.

1) La tercera aparición de un ciclo anunciado

Hay tres apariciones interconectadas, según la Virgen María misma: Fátima, Ghiaie di Bonate y Montichiari. Se trata de un pequeño ciclo dentro del ciclo mayor de apariciones marianas de los últimos dos siglos. Las apariciones marianas significativas comenzaron antes de Fátima, diría que en 1831 en la Rue du Bac (París) a Santa Catalina Labouré (la Medalla Milagrosa)

En los "últimos tiempos", se profetiza la presencia especial y constante de la Santísima Virgen María, como lo predicó el gran santo francés, San Luis María Grignion de Montfort. Él sostiene que cuanto más nos acercamos a la Parusía (la segunda venida de Cristo), más constante será la presencia de la Virgen María en las apariciones.

La Virgen misma explicó la conexión entre estas tres apariciones a Pierina Gilli: *«En Fátima, difundí la devoción de la consagración a mi Corazón. En Bonate, intenté hacerle penetrar en la familia cristiana. Aquí en Montichiari, sin embargo, deseo que la devoción, ya mencionada como la Rosa Mística, unida a la devoción a mi Corazón, se profundice en los institutos religiosos, para que las almas religiosas obtengan abundantes gracias de mi Corazón maternal. Con esta aparición para la santificación de las almas religiosas, concluyo el ciclo de apariciones».* (7 de diciembre de 1947, Catedral de Montichiari)

En Montichiari, hablamos de la vida religiosa y de la necesidad de que las almas religiosas de los institutos atraigan abundantes gracias para toda la Iglesia.

Preguntémonos, pues, qué es la vida religiosa y por qué es tan importante.

Los religiosos son aquellos que desean vivir el cristianismo radicalmente, y por ello hacen votos (pobreza, castidad y obediencia). Son una especie de "enclave" dentro de la Iglesia, un grupo especial con una misión y una función específicas.

La vida religiosa debe mostrar a todos la dirección correcta y cuál es el verdadero sentido de la vida. Es como una señal: indica adónde ir, qué camino tomar y qué precauciones tomar en el camino.

Tras la gran época de los mártires, en las primeras décadas de la vida de la Iglesia, surgió la era de los Padres del Desierto. Eran hombres (pero también mujeres) que lo dejaron todo y se fueron a vivir a cuevas, en gran penitencia y una vida de oración constante. Eran personas que se dedicaron a la perfección, no por ser mejores que los demás, sino porque comprendían que el cristianismo es un absoluto.

El monaquismo surgió como la absolutización y perfección de la vida espiritual. Los monjes del desierto fueron grandes ascetas, y de esta manera mostraron a todos que para ser cristiano hay que mortificarse, dominar las pasiones y abrir el corazón a la gracia divina.

El monaquismo primitivo no tenía un propósito inmediato ni visible. Las órdenes religiosas que surgieron con misiones específicas (para los pobres, servicio en hospitales, escuelas, etc.) aparecieron todas en el segundo milenio. Los monjes del primer milenio, sin embargo, tenían el único deber de la penitencia y la oración. Nacieron para esto —no había otro propósito— y para la profesión de votos y el deseo de vivir en pobreza, castidad y sin voluntad propia.

Como los monjes no son sacerdotes, al igual que, por ejemplo, san Francisco, a principios del segundo milenio, no lo era. Muchos santos canonizados religiosos no son sacerdotes; solo piensas en todas las mujeres. ¡Cuántas santas entre las franciscanas, benedictinas, cistercienses, carmelitas y visitandinas!

Las personas religiosas son personas aisladas, sin función específica, y en realidad inútiles a los ojos del mundo. Viven solo para Dios, para glorificarlo. Sus vidas son un espléndido ejemplo de amor desinteresado. Viven solo para el Señor. Por eso el diablo odia a los religiosos, frailes y monjas, y hace todo lo posible para destruir los Institutos, hacerlos derrumbarse y cerrar.

Sin religiosos, la Iglesia no puede avanzar, o mejor dicho, avanza con dificultad. El padre Divo Barsotti escribe al respecto: *«La miseria más atroz del mundo es su desprecio por la vida religiosa. La humanidad solo puede resurgir del abismo de muerte en el que ha caído con un maravilloso florecimiento de vocaciones a la vida religiosa».* La vida religiosa debe volver a aparecer ante el pueblo cristiano como la vida más alta,

plena y viva. Debemos presenciar un flujo de inmensas multitudes que buscan a Dios para servirle y entregarse por completo a Él. Como una evasión del mundo. Algo descabellado, pero a la vez como una luz maravillosa que cautiva y atrae almas y corazones. El mundo solo puede rejuvenecer con un movimiento así (Diario, 15 de octubre de 1945).

Sin vida religiosa, la vitalidad misma de la Iglesia se enfría.

Por esta razón, Nuestra Señora en Montichiari, tras haber hablado por todos en Fátima y por la familia en Bonate, llama a los religiosos a vivir plenamente su carisma, por el bien de toda la Iglesia y del mundo entero. Les implora que regresen al carisma original del Fundador, habla de la traición a la vocación (los sacerdotes Judas) y también de la impureza como pecado y una grave tentación para los sacerdotes y las personas consagradas (ya había hablado de esto en La Salette en el mensaje secreto).

Así, la plena consagración a la Virgen María se produce en tres etapas: la consagración al Inmaculado Corazón (Fátima), mediante la ofrenda de sacrificios; la consagración y purificación de la familia (Ghiaie di Bonate); y la renovación de la vida religiosa (Montichiari).

Si todo esto se hace y se vive plenamente, no se necesitará nada más.

2) Expiación (la reparación por los pecados)

El segundo elemento evidente que vincula Fátima con la Rosa Mística es el tema de la reparación de los pecados.

En la primera aparición en Fátima, el 13 de mayo de 1917, la Santísima Virgen preguntó a los pastorcitos si querían ofrecer sacrificios por la remisión de los pecados y la conversión de los pobres pecadores. Los niños respondieron con entusiasmo que sí, y desde ese momento, la reparación de los pecados se convirtió en su vida. Comenzaron a ofrecer voluntariamente todos los dolores y dificultades que les sobrevinieron, a lo que pronto añadieron sacrificios y penitencias voluntarias. También los impulsó a esta comprensión y misión la aterradora visión del Infierno que tuvieron repentinamente el 13 de julio, durante la tercera aparición. Los pecadores van al Infierno. Hoy en día, nadie lo dice, pero los tres pastorcillos lo vieron. No necesitaron argumentos ni convencimiento: vieron con sus propios ojos a los pecadores caer en el Infierno eterno.

Jacinta quedó impactada. Cuando fue ingresada en la sala de niños del hospital de Lisboa, se quejó al ver a algunas de las madres de los otros niños vestidas de forma inadecuada, según las modas de la época. A quienes sugirieron que el juicio de la niña era exagerado, simplemente comentó: «Si supieran...». Como si dijera: si ellas también hubieran visto el infierno y adónde van los pecadores, quizá no se tomarían tan a la ligera el tema de la vestimenta y la decencia.

En Montichiari el tema de la expiación es retomado con mucha claridad.

En la primera aparición, la Santísima Virgen, vestida de púrpura, llora. Y, sobre todo, la vidente la ve con tres pesadas espadas clavadas en su carne. María Santísima casi no tiene fuerzas para hablar, y solo dice tres palabras: «Oración, sacrificio, penitencia». No sonríe; está triste. ¿Por qué? Es simple: porque hay pecado en el mundo. La oración ya no basta. Debemos unir, dice Nuestra Señora, nuestro sufrimiento a nuestras oraciones, ofreciendo nuestras pequeñas pruebas y pequeñas penas a la gran prueba de Cristo en la cruz, al sufrimiento infinito del Cordero inmolado.

El 22 de noviembre de 1947, Pierina Gilli preguntó a la Virgen: "¿Qué debemos hacer para cumplir tu mandato de orar y hacer penitencia?". Nuestra Señora guardó silencio unos minutos y luego respondió: "*Penitencia, es decir, aceptar cada pequeña cruz cada día, incluso el trabajo, como signo de penitencia*".

¿Qué debemos hacer entonces? ¿Debemos sufrir? No: debemos amar. Quien ama sufre, y quien sufre, ama.

3) La Comunión de Reparación

El tercer elemento que encontramos idéntico en Fátima y Montichiari es la Santa Comunión reparadora.

En Fátima, ante María Santísima, se apareció el ángel. Dio la Sagrada Comunión a los tres pastorcitos. Pero antes, enseñó una oración centrada por completo en la reparación de los pecados: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente y te ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre y almas de Jesucristo, la divinidad de Jesucristo (...) en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido».

En la tercera aparición, la Santísima Virgen dijo que volvería a pedir la consagración de Rusia para la reparación de los pecados mediante la práctica de los cinco primeros sábados de mes, lo que puntualmente ocurrió ocho años después, el 10 de diciembre de 1925 cuando se apareció a Lucía en Pontevedra.

La práctica de los Cinco Primeros Sábados consiste en la confesión, la comunión, el rezo del rosario y la contemplación de los Misterios durante al menos un cuarto de hora. El propósito de esta práctica es la reparación de los pecados. Además, la Santísima Virgen promete asistencia en el momento de la muerte a quienes observan los Cinco Primeros Sábados: *«Prometo asistirlos en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación»*.

En Montichiari, el espíritu de reparación subyace en todas las apariciones; es, por así decirlo, su alma, su fuente de inspiración. Retomando la práctica de los primeros cinco sábados, habla de una «Comunión de Reparación» que se recibe una vez al año, en un día específico, el 13 de octubre.

«Mi divino Hijo me ha enviado de nuevo para pedir la unificación mundial de la Comunión de Reparación. Y que esto suceda el 13 de octubre» (Aparición del Corpus Christi, 1966).

Esta conexión con Fátima es evidente. Incluso el 13 de octubre no es casualidad: es el día de la última aparición en Fátima, la del fenómeno solar.

En esta visión en Fontanelle, durante la festividad del Corpus Christi, la Santísima Virgen le muestra un campo de trigo a la vidente: *«¡Cuánto deseo que este trigo se convierta en pan eucarístico, en muchas comuniones eucarísticas! Deseo que este trigo, transformado en muchas hostias, llegue a Roma y llegue a Fátima el 13 de octubre»*. Y de nuevo: *«Intentemos que le entreguen trigo a nuestro amado hijo, el Papa Pablo, y digámosle que ha sido bendecido con nuestra visita. Es trigo de su tierra de Brescia, y digámosle lo que mi divino hijo desea, y también para Fátima» (6 de agosto de 1966).*

La Comunión de Reparación del 13 de octubre se llama "global" porque la crisis es global. "El mundo se está derrumbando", le dijo Nuestra Señora Rosa Mística a Pierina en 1968. "La Iglesia nunca ha estado tan sumida en una oscuridad apocalíptica".

Al instituir esta práctica, Nuestra Señora aclaró: *"Que esta santa iniciativa, que debe comenzar este año por primera vez, pero que se repetirá continuamente, se extienda por todo el mundo. Los sacerdotes y fieles que participan en esta práctica eucarística tienen asegurada la abundancia de mis gracias"*.

¿En qué consiste esta Comunión reparadora? ¿Por qué colaboramos con Cristo en la reparación de los pecados recibiendo la Comunión? ¿Y cómo se logra esta solidaridad con el mundo de los pecadores?

Padre Divo Barsotti nos ayuda con su doctrina de la reparación: *«Aunque diéramos salud a los enfermos y hogar a todos, nada habríamos logrado. La caridad más grande es la caridad sobrenatural, que une a los hombres con Dios. ¿Qué hay más grande que cargar con el peso del pecado e implorar misericordia para todos? Cuando cuidas a un enfermo o asistes a un anciano, permaneces distinto de ellos. Sin embargo, si ofreces pagar por otra persona, te haces verdaderamente «uno» con ella. En la reparación, te identificas con quien ha pecado. Más que cualquier otro acto, esto logra la unidad. Una unidad tan íntima que ni siquiera Dios puede romperla; es el ejemplo de Moisés que dice: «O salvas a este pueblo o me borras del libro de la vida»*.

Esto es lo que el Señor Jesús experimentó en Getsemaní, y constituye el acto más elevado de la Pasión: tomar sobre sí mismo el pecado universal. En este acto, Jesús pide participación; de hecho, exhorta a Pedro, Santiago y Juan a permanecer con Él, a permanecer despiertos, a unirse a Él en oración.

Esta espiritualidad se sentía profundamente en el pasado; basta pensar en el santo Cura de Ars. Él entendía su sacerdocio como pagar por todos, y su unión con Jesús significaba sacrificarse y hacer penitencia por sus feligreses, para que sus pecados fueran borrados. San Juan María Vianney "pagó" por ellos porque quería que todos se salvaran en el Cielo.

Esta es también la esencia de la espiritualidad cristiana oriental y del monaquismo ruso.

El cardenal Angelo Comastri escribe: *«El verdadero amor conduce a tal fusión de espíritus que uno sufre las mismas penas y disfruta de las mismas alegrías, como si fuera una sola persona, y sobre todo, aspira a exigir los sufrimientos del otro. Uno puede negarse a compartir los placeres, pero no las penas de la persona amada»*.

Este es el verdadero amor. Esta es la espiritualidad de Montichiari..

En Montichiari, este círculo se cierra (Fátima, Bonate, Montichiari), y así se proclama la verdadera eficacia y acción de la Iglesia, especialmente en este tiempo. Es un siglo de horrores sociales y desorientación, y la Iglesia está llamada a expiar los pecados.

Si la predicación de la Iglesia se orienta exclusivamente a lo social, distrae a los fieles del verdadero propósito y no aborda la verdadera necesidad.

La Virgen dijo en Fontanelle (13 de mayo de 1966): *«El mundo se está arruinando. He obtenido nuevamente misericordia, y por eso Jesús me envió a Montichiari. Para salvar a la humanidad se necesitan la oración, el sacrificio y la penitencia.»*

El mensaje mariano

Según Montfort, las apariciones marianas de estos tiempos preparan la Parusía, la segunda venida del Señor Jesús. Estamos experimentándola.

En los Evangelios y las cartas apostólicas del Nuevo Testamento, hay muy pocas acciones sociales humanitarias; solo existe la colecta organizada por san Pablo en la Segunda Carta a los Corintios, pero incluso esta fue ocasional. Estas obras son ciertamente necesarias; quienes aman ayudan a los necesitados; no hay necesidad de constantes apariciones de la Virgen para recordárnoslo. El mensaje de la Santísima Virgen en las apariciones de estos tiempos, urgente, es la petición del retorno de la humanidad a Dios (La Salette), y las apariciones nos instan a vivir un amor cada vez mayor por la humanidad, pidiendo que los pecados sean expiados mediante la penitencia. Es evidente que la necesidad en estos tiempos es mayor; la gravedad de la situación exige una acción diferente, nueva y más poderosa: la expiación de los pecados.

Esta es la hora de Getsemaní de la Iglesia, y por lo tanto se necesitan personas para la expiación, para la reparación de los pecados, con Cristo y en Cristo. Este es el amor más grande. Y todos pueden experimentarlo: no es algo para especialistas ni héroes.

Emblemático para nosotros es el episodio del paralítico bajado del tejado, a quien el Señor le dice: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Al principio, Jesús no sana su cuerpo, sino solo su alma. Esto significa que la sanación del alma tiene prioridad.

Ahora bien, si no realizo obras visibles, sino que me dedico exclusivamente a esto, ¿puedo decir que soy inútil en la Iglesia? Si expío con mi penitencia y con el sufrimiento que ofrezco —cosas que nadie ve—, ¿soy entonces menos importante a los ojos de Dios?

No, al contrario, yo soy más importante. María Magdalena, tras la resurrección del Señor, no fue al mundo a predicar, sino que se retiró a vivir la penitencia. Los pastorcitos de Fátima y Pierina Gilli, obedeciendo a la Virgen María, vivieron el ministerio de la reparación de los pecados. Se sintieron unidos a los hombres pecadores de su tiempo; expiaron y pagaron por ellos.

Los hombres de hoy están verdaderamente perdidos, porque se han vuelto ateos (de hecho), y el lenguaje de muchos es blasfemia. Pero yo soy ellos; no debo separarme de ellos, no debo desligarme. Si quiero vivir la espiritualidad de Fátima y Montichiari, si quiero obedecer a la Virgen María, llevaré el peso de mi generación y me dedicaré, desde ahora, hasta la muerte, a la reparación de los pecados y a la salvación del mundo.

Este poder nos ha sido dado. Que es el poder de la cruz. Ahora más que nunca: «In hoc signo vinces» (*"En este signo vencerás."*).

P. Serafino Tognetti